CARLOS ROXLO

4-2

Estrellas fugaces



MONTEVIDEO
Biblioteca Ilustrada de Andrés Rius — Editor
155 — CALLE SORIANO — 155
1885

MONTEVIDEO — IMPRENTA «EL SIGLO ILUSTRADO»
TURENNE, VARZI Y C.ª
157 - SORIANO - 157



CUATRO RENGLONES

QUE NO MERECEN LLAMARSE PRÓLOGO

DIÓME *Dios muy buena mano para padre, y no me la dió tampoco mala para padrino. Vivos están todos los hijos de mi alma, y viven y andan también por esos mundos gran número de mis ahijados en el arte y en la literatura, sin que pueda decirse que han muerto aquellos que como Rosales, Fortuny, López García, Martínez Muller y tantos otros han conquistado con sus obras el privilegio de la inmortalidad.*

Colocado yo, no sé si por desgracia ó por fortuna, entre dos épocas literarias, he asistido al ocaso del romanticismo y á la aurora del renacimiento, habiéndome honrado, niño todavía, con la benévola amistad de los

Quintana, García Gutiérrez, Campoamor, Ventura de la Vega, Zorrilla y Hartzenbusch, y honrándome, ya viejo, con el fraternal cariño de los Tamayo, Alarcón, Echegaray, Valera, Núñez de Arce, Castelar, Pérez Galdós, Velarde, Martos, y cuantos en el libro, en el teatro y en la tribuna son y han sido firmes mantenedores de la gloria de nuestra patria. Viviendo entre ellos y arrastrado en la ola de su popularidad he conseguido sacar á flote un nombre y una reputación que mejor es premio de constancia que de merecimiento, y por la cual me creo obligado á no negar jamás mi ayuda y mi consejo á los neófitos, sea cualquiera su edad, sexo y condición, que juzguen pueda servirles de algo mi experiencia.

Por supuesto, que yo me guardaré muy bien de recomendar á nadie que me imite. Los versos podrán ser cosa ligera y baladí, que en esto han convenido hace tiempo media docena de sabios problemáticos, y dos ó tres centenares de majaderos á carta cabal; pero la manía de versificar va tomando proporciones alarmantes, y amenaza constituir antes de mucho un verdadero peligro para la tranquilidad de las familias. Felizmente, mi cerebro como mi estómago, están hechos á prueba

de indigestiones y por otra parte no sigo la corriente de esos Aristarcos para quienes son ofensas personales las que se infieren á la gramática, y antes que un agravio al buen gusto serían capaces de perdonar un bofetón. Leí años ha sobre la puerta de una cárcel, y desde entonces practico, esta máxima que me parece muy discreta : — odia el delito y compadece al delincuente.

Además ¿por qué no proclamarlo? Toda inoculación equivale á un preservativo, y aun el mismo veneno no hace daño tomándolo á menudo en pequeñas dosis. Y en cambio ¡qué felicidad tan inmensa, qué alegría tan dulce cuando en ese desierto de las letras en que viven confundidos los leones y los camellos, alcanzamos á vislumbrar un oasis de paz y de frescura, donde como de fuente misteriosa brota sereno y claro el raudal de la inspiración y de la poesía!

Invito á ustedes á descansar en el oasis que encierran estas hojas, á cuya sombra les ofrece frutos y flores en abundancia su propietario el joven oriental don Carlos Roxlo. El señor Roxlo es un poeta principiante, pero que principia siendo poeta. Le queda mucho que aprender, pero sabe ya lo principal, y precisamente lo que no se aprende : sabe pensar y sentir : posee el arte, no

tan fácil como se supone, de decir lo que piensa con las palabras que debe, sin perderse en esas fantasmagorías de imaginación, propias de nuestra raza, pero que aturden sin conmover: especie de ropage bordado de brillantes á través del cual apenas se descubre el esqueleto de una idea.

Poeta de pocos años y de muchos alientos, el señor Roxlo rinde tributo en estas páginas á todos los ideales del siglo: se identifica con sus alegrías y sus tristezas; siente como él la embriaguez de la victoria y la nostalgia de la duda, y como él pide consuelos al amor sin que le abandone un punto la esperanza. Lo que ha hecho hasta ahora es feliz indicio de lo que podrá hacer en adelante; siga pues sin miedos ridículos pero también sin jactancias peligrosas el camino por donde le conducen sus aficiones, inspirándose sólo en la verdad y en el sentimiento, y convencido de que han de enseñarle más que todos los libros y que todos los maestros, la vida, que abre delante de él sus magníficos horizontes, y el dolor, amigo inseparable y cariñoso, sin el cual no existe la verdadera poesía.

MANUEL DEL PALACIO.

Montevideo, Junio 1885.



UN CUENTO DE ANDERSEN

A la preciosa niña María, hija del eminente poeta
Zorrilla de San Martín

I

Me pides que te cuente
Algo que dulcemente,
Cual salvador rocio,
Las tentaciones de la noche ahuyente ?...
Aunque hace tiempo calla el estro mío
Falto á la vez de música y de flores,
Resucitar confío,
Hurgando mi memoria,
Alguna vieja y peregrina historia

Que sacie tu deseo
Y un enjambre de sueños bienhechores
Consiga que te brinde el dios Morfeo.

II

¿ Estás contenta ya ? ¿ ya te sonríes ,
Miniatura gentil de las huríes ?...
Al contemplar tu deleitoso encanto,
Tu alegría inocente,
Se deshacen en llanto
Las nubes ¡ ay ! que cruzan por mi frente ;
Pues me recuerda tierna y delicada
Tu voz, que arrulla mi cansado oído,
Los dulces goces de la edad pasada,
Como recuerda al ave aprisionada
La virgen primavera
Los poemas de amor que entraña un nido
Pendiente de un arbusto en la pradera.

III

Érase que se era
Una sirena de beldad divina,
Hija del rey supremo de los mares,
Altivo rey, que cuando el sol declina
Se acerca á contemplar nuestros hogares,
Prendado de lo hermoso de este cielo
Bajo el cual no han podido los pesares,
Aun siendo tantos, detener el vuelo.
La niña de las olas,
Oyendo las sentidas barcarolas
Que el pescador entona en su barquilla
Al alejarse de la patria orilla,
Como conoce ya cuanto se encierra
Bajo el blanco cendal de las espumas,
Quiere saber también lo que es la tierra
Y lo que son las nubes y las brumas.

IV

Una noche salió de su morada
La cándida sirena,
Al tibio rayo de la luna llena
Que en la callada inmensidad oscila
Cual de un titán vencido la pupila
Que huyó en las sombras á ocultar su pena.
La mar, arrebatada
En las potentes alas del pampero,
Ruge y gime y se enrosca y serpentea,
Reflejo verdadero
De las trágicas luchas de la idea.
Y ya lejos del sitio do escondida
Jugara en los albores de su vida,
La sirena angustiada
Ve á un joven que clavando su mirada
En un frágil madero,
Persiguiéndole nada
Con la energía crüel, desesperada,
Del esfuerzo postrero.
Tiemblas, pobre alma mia,

Del náufrago pensando en la agonía?...
Hay un mar más profundo
Que el encrespado mar ronco y salobre:
Pídele á Dios que en el fangal del mundo
Nunca el bajel de tu candor zozobre.
El mar al fin, cuando la calma llega,
A la playa sus víctimas arroja
Y á la piedad del hombre las entrega;
Pero el mundo, que artero nos amaga,
Cuando de virtud flaco se despoja
Un corazón de deleznable arcilla,
El manto azul de su inocencia traga
Y no devuelve el náufrago á la orilla.

V

La sirena clemente
Corre á auxiliar al joven que inconsciente
En sus trémulos brazos se desmaya,
Boga rápidamente,
Le deposita en la arenosa playa,
Le besa con amor sobre la frente,
Y huye al mirar que de jazmín colora

Los pórticos de Oriente
La nívea luz del carro de la Aurora.

VI

Desde aquel día triste,
La pálida sirena
Guarda en su corazón amante pena
Que al tiempo y á la ausencia se resiste,
Y al despuntar de Mayo una alborada,
Buscando un lenitivo á sus pesares,
Llega ansiosa á la entrada
Por madréporas vírgenes formada,
Del antro de la bruja de los mares.
Sus cuitas la refiere
Y la pregunta trémula y turbada
Cómo el olvido bienhechor se adquiere.
— ¡ Olvidar ! ¡ olvidar ! Esa es la ciencia
Que busco con empeño,
Pero me dice, amiga, la experiencia
Que es perseguirla, perseguir un sueño.
Ninguno ha conseguido
Averiguar aún donde se esconde

La regalada fuente del olvido, —
La maga de las olas la responde.
—¿No sabéis, pues, calmar mi desventura?
— Si tanto á ese hombre quieres,
Yo puedo hacer tan grande tu hermosura
Que envidia des á todas las mujeres,
Y al mirar tus encantos seductores,
Acaso un día tu adorado dueño
Por tí palpite en éxtasis de amores.
— ¿Y si mi bien amado
Con su desprecio sin piedad me abruma?...
— Tu cuerpo nacarado
Se trocará en espuma
Y perdida y sin calma,
Sobre la superficie de las olas
Eternamente vagará tu alma
Con su dolor á solas.
— ¡No importa! — la sirena
Dice de amante confianza llena
Y sintiendo después estremecida
Dormirse los resortes de su vida,
Se turba al ver que en almohadón de raso
Navega por los céfiros mecida.

¿ Será, será el deseo
De lo imposible acaso
La leyenda inmortal de Prometeo ?...

VII

—¿ Qué es el amor ? preguntas afanosa ;
El *quid divinum* de la humana escena,
Una inefable música armoniosa
Que en lo callado de la noche suena,
El beso de la brisa á la azucena,
Lo que dice á la luz la mariposa.

VIII

Ya en mujer la sirena convertida,
Temblando se desmaya
Al pisar por las olas impelida
Los agudos guijarros de la playa,
Y al volver á la vida,
Como un infante castigado llora
Confusa y sorprendida,
Junto á sí viendo al hombre á quien adora.

Éste, que es todo un príncipe heredero
De un poderoso Estado,
De su rostro hechicero,
De su gracia infantil queda prendado
Y desde aquel instante
No está contento sino estando al lado
De aquel ser tan sencillo y tan amante,
Y la sirena ufana
Dulcemente suspira
Sin comprender que el príncipe la mira
Como á una tierna y dolorida hermana.

IX

Contemplando una nave empavesada
Con múltiples banderas,
Supo al fin desolada
La virgen de las ondas plañideras,
Que á recibir á su futura esposa,
Joven, alegre, linda, candorosa
Y heredera también de un rico Estado,
Parte al morir la tarde rumorosa
Su dueño idolatrado.

Mas á pesar del duelo que la abruma.
Al ingrato humillada y cariñosa
Envuelve en el fulgor de su sonrisa:
¡ La violeta perfuma,
Mi dulce bien, la planta que la pisa !...

X

¿ Piedad te causa su dolor profundo ? ...
¡ Ay ! cuántas veces al cruzar el mundo.
Lucero de ternura,
Como ella verterás llanto infecundo
Sobre la muerta flor de tu ventura.
Pero, ¿ qué importa ? La empinada cuesta
De la vida subamos con bravura:
¡ El pesar alas de condor nos presta
Para ascender á la celeste altura !

XI

La noche está sombría,
Hiende el buque la mar con fácil prora
Y la nieta del agua en su agonía

Despide á la ilusión que la enamora.
El príncipe, rendido
De esperar los fulgores de la aurora,
Duerme á sus plantas en cojín mullido.
De pronto la sirena se estremece,
Pues oye del Océano á la hechicera
Que al son del agua que la brisa mece,
Así la dice con piedad sincera:
— Cuando la luz radiante
Del ya vecino día
Por el jardín del cielo se adelante,
Será, pobre hija mía,
En espuma tu cuerpo convertido
Y tu alma sobre el mar flotará errante;
Mas si quieres volver al escondido
Palacio do la vida te besara,
Este agudo puñal hunde sin pena
Del príncipe en el seno,
Y tornarás de nuevo á ser sirena
Y á reclinarte sobre el mar sereno. —
Fría como de mármol de Carrara
Estatua peregrina,
Se quedó de mi historia la heroína,

En tanto que la maga con presteza
Del buque suspirando se separa.

XII

Tras un supremo y angustioso instante,
Moviendo tristemente la cabeza,
— ¡ No debe ser ! ... exclama agonizante
La virgen de las olas con nobleza.
Y arrojando el puñal, que va á perderse
En los negros crespones de la bruma,
En nacarina espuma
Siente su cuerpo al punto disolverse ;
Pero querub que en magestuosa calma
Hiende las nubes con radioso vuelo,
De la sirena enamorada el alma
No flota sobre el mar, sube hasta el cielo !...

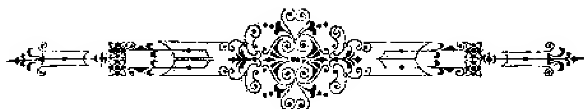
XIII

¿ Te ha complacido mi doliente historia ?...
¿ Dices que sí ? ... Pues llévala escondida
En un rincón, mi bien, de tu memoria

Al cruzar los senderos de la vida.
¡Bien haya la sirena
Que por la dicha ajena
Supo sacrificarse denodada,
Purificando su alma enamorada
En el crisol divino de la pena!
Pero es tarde y en torno de tu almohada
Los purísimos ángeles del sueño
Extienden ya su veste nacarada;
A dormir, pues, y trata con empeño
De ser, como ella, generosa y buena,
Pensando que al final de la jornada
Has de hallar á la nieta de los mares
De Dios en la morada,
Sobre un lecho de mirto reclinada
Bajo una tibia atmósfera de azahares.

Diciembre, 1884.





EN EL CIRCO

A mi amigo, el ya célebre pintor uruguayo Miguel Pallejá

I

Sobre la incurta piel de un tigre hircano,
Pálido el rostro y torva la mirada,
Arminio, el fiero gladiador germano,
Se agita al despuntar de la alborada ;
Su frente azota con nerviosa mano
Fijos los ojos en la aguda espada
Que allá, en lo oscuro, á veces centellea
Como si le llamase á la pelea.

II

Tenaz el pensamiento le devora
Del bien pasado que jamás se olvida,
Que es el recuerdo planta trepadora
Por siempre al débil corazón asida;
Aspid que oculto en las entrañas mora,
Flor que en las grietas de la mente anida,
Mar sin orillas do en tormenta y calma
Flotan ¡ay! los cadáveres del alma.

III

La virgen pura, la mujer que amante
Supo domar su condición bravía
Y en cuyas rubias trenzas ondulante
El céfiro jugando se dormía;
Su tierno Ebur, el delicado infante
Que en la cuna feliz le sonreía,
Con el aroma de la patria ausente
Besan de Arminio la tostada frente.

IV

Como deben sufrir los condenados
Si piensan en la luz que inunda el cielo
Desde la sombra eterna en que angustiados
Vagan sin norte y gimen sin consuelo,
Sufre Arminio soñando en los cuitados
Seres que llama con amante anhelo,
Sin encontrar en su mortal congoja
Un eco amigo que su voz recoja.

V

De la patria doliente la agonía,
De la infeliz Germania los clamores
Abandonar le hicieron la sombría
Selva que engalanaron sus amores,
Para partir á la región del día,
A la cuna del aura y de las flores,
Donde de Chipre el néctar delicioso
Hierve en las áureas copas espumoso.

VI

Mas ¡ ay ! que al golpe del destino fiero
Cayó en combate desigual vencido,
Hecho pedazos el sangriento acero,
Rota la veste y el escudo hendido,
Sin que ya nada aliente al prisionero
En gladiador infame convertido,
Condenado ante el arma fratricida
A dar la muerte ó á perder la vida.

VII

Llora sin tregua el alma desolada
De Arminio, que no supo en el combate
Sucumbir como el águila amarrada
Que sus robustas alas tiende y bate,
Hasta que al cabo de luchar cansada
Hunde en su corazón, que altivo late.
Su corvo pico y al caer inerte
Aun desafía á la contraria suerte.

VIII

En la visión de luz que lo enajena,
Loco se agita Arminio de su lecho
Sobre la incurta piel para su pena
Hallando el cauce de la vida estrecho,
Como su débil murallar de arena
Halla mezquino el mar cuando maltrecho,
Sollozando angustioso, se desmaya
Sobre el tapiz movible de la playa.

IX

¡ Oh ! sagrados recuerdos generosos
Del bienhadado hogar, dulces sonidos,
Süaves aleteos misteriosos,
Celestiales acordes escogidos
Que vagáis inefables y armoniosos
De la alta noche en el cendal perdidos,
¡ Cómo os invoca el alma dolorida,
Cuán leve hacéis el peso de la vida !...

X

Pero ya á nueva lid cruento llama
A Arminio el sol que refulgente asoma
Y en la sed de emociones que la inflama
El Circo invade la impaciente Roma,
Que emperatriz del mundo se proclama
Y al peso de sus vicios se desploma
Dejándose vencer sin heroísmo
Por la atracción siniestra del abismo.

XI

Arminio á su adversario desconoce,
Mas de la lid no teme los azares
Que en jugar la existencia encuentra goce
El hijo de los bosques seculares,
El que en frágil bajel cruzó veloce
Las crespas olas de los anchos mares
Y en la rojiza punta de su lanza
El tesoro guardó de la esperanza.

XII

Pisa del Circo la tostada arena
Clavando en la anhelante muchedumbre
Una mirada límpida y serena
Do brilla del valor la excelsa lumbre,
Pues de vencer al son de su cadena
Adquirió tristemente la costumbre
Y el populacho miserable y necio
Sólo le inspira lástima y desprecio.

XIII

Mas al ver al contrario que arrogante
Le amaga airado, Arminio palidece,
Frío sudor inunda su semblante,
Como tímida garza se estremece;
¡ Ebur ! — exclama absorto y delirante
Con una voz tan tierna que parece
Rítmica nota del celeste coro
Arrancada á las cítaras de oro.

XIV

Pero era tarde ya; con firme mano
Rasgara alzando el hierro parricida,
El doncel iracundo é inhumano
El corazón del que le dió la vida,
Y exhalando un quejido sobrehumano
De espantosa y postrera despedida,
Entre las palmas de la espuria Roma
Arminio moribundo se desploma.

XV

Cuando del sol los últimos fulgores
Huyeron por las sombras perseguidos
Y en el cerrado cáliz de las flores
Soñaban los insectos escondidos,
Sobre la roja arena, aterradores
Y en un supremo abrazo confundidos,
Dos cadáveres tétrica ilumina
De la luna la lumbre mortecina.

Enero, 1885.



¡MAGNA MATER!...

Al distinguido escritor uruguayo, doctor don Manuel Herrero y Espinosa

I

Salve, mi dulce bien, patria querida,
Amor de mis amores.
Cielo de luz, encanto de mi vida,
Rico jardín de flores! . . .
¡ Salve, numen bendito,
Que escudas con tus alas misteriosas
Bañadas en el sol de lo infinito,
Las funerarias losas
Donde duermen el sueño de la tierra

Los rayos de la guerra,
Los héroes inmortales del Cerrito ! . . .
¡ Salve, región amada,
Eterno ensueño de la blanca luna,
Por Dios y por los hombres destinada
A ser el templo, el corazón, la cuna
Del alma libertad ; de la sagrada
Virgen en cuyos ojos centellea
El fuego que guiaba á tus legiones
En Sarandí y Rincón ; el ardor bravo
Que escribe en el dintel de las naciones
Que sabiendo morir nadie es esclavo :
El homérico afán que en la pelea
Supo arrancar al genio de la gloria,
Para ceñirlo altivo á tus pendones,
El sangriento laurel de la victoria ! . . .
¡ Salve, salve cien veces, madre mía,
Deidad cuyos magníficos altares
Una noche adornó la poesía
Con las ebúrneas perlas de tus mares,
Con las blancas estrellas de tu cielo,
Con los ricos matices de tu manto,
Con las fragantes flores de tu suelo,

Al son de la indecible melodía,
Del dulcísimo canto,
De las cadencias suaves,
Del armonioso coro
Que formaban tus aves
De plumas de zafir, púrpura y oro ! . . .

II

Magna mater, stella matutina
Al borde de las olas reclinada
Como la hija del mar, la blanca ondina
De espumas coronada,
De tu lumbre divina
Buscaba el alma ansiosa los reflejos
Mientras la suerte fiera
Me tuvo lejos de tus playas, lejos
Del suelo donde ví la luz primera,
Y hoy al tornar á tí, patria adorada,
Me dice la emoción, que me domina,
Que en la vital jornada
Para el bueno no tiene la fortuna
Don más rico, merced más señalada

Que el inefable rayo de la luna
Que acarició la almohada
Y los cándidos lienzos de su cuna.

III

¡ Oh ! tierra que saludo
De ternura filial, de emoción ciego,
Sus preciados tesoros te donaron
Los dioses todos del Olimpo griego.
Flora y Ceres tus campos fecundaron,
Apolo de tu sol encendió el fuego,
Minerva te prestó lanza y escudo,
Júpiter su grandeza,
Abatió Marte rudo
A tus plantas su indómita fiereza
Y los que con Solís te contemplaron
Desde las carabelas españolas,
Ver á Venus pensaron
Surgiendo de la espuma de las olas
Y trémulos cual yo te saludaron.
Si tres reyes audaces codiciaron
Después, madre, tus galas esplendentes,

Inútil fué su afán, pues te aprestaron
Con su manto, hecho trizas,
Cendal para envolver de tus valientes,
De tus hijos ilustres las cenizas.

IV

¡ Oh ! de mi infancia alegre paraíso,
Lira de nácar y oro,
Para cantar la fe con que te quiero,
Para expresar lo mucho que te adoro,
Me sería preciso
Resucitar la inspiración de Homero,
O ginete en las nubes,
Del Edén traspasando los umbrales,
Robar á los querubes
Las notas de sus himnos divinales.
Sólo sé, patria, que mi vida es tuya
Y si algún día reclamarla quieres,
No temas que rehuya
El más dulce deber de mis deberes ;
¡ Pues qué más, madre, desear pudiera
Que dormir á tu sombra venerada,

Envuelto en un girón de tu bandera,
Bendito por la luz de tu mirada ! . . .
Sólo sé que si un día
Te viese moribunda y desgarrada,
Vagando en noche lúgubre y sombría,
Inerte, miserable y degradada,
Cual te adoro, también te adoraría .
Y cual te ofrezco hoy, tierra encantada,
Mi sangre juvenil te ofrecería.

V

Alma del alma mía,
Yo te sueño en la noche de mis penas
Espejo del honor y la hidalguía,
Emperatriz del arte como Athenas,
Emporio altivo del saber humano,
Por el derecho dominando al mundo,
Cubriendo de bajeles el Océano,
En oasis fecundo
Transformando la cumbre agigantada,
Gimiendo bajo el peso
Del arado, del pico y de la azada,

Amazona sublime del progreso,
De la justicia esposa enamorada
Y tejida y cercada
Por eléctricos hilos, ígneas venas
Que lleven á tus miembros de gigante
La savia de la idea redentora
Y que te empujen siempre hacia adelante,
Hacia las cimas que lo eterno dora.
Y ha de ser, ha de ser, madre adorada,
Grata verdad mi sueño venturoso,
Pues llegarás al fin de tu jornada
Y tu cerviz coronarán los soles
Del santuario inmortal de lo infinito
Con su lumbre de eternos arreboles.
Jamás, jamás marchito,
El árbol de la paz en tus praderas
Se elevará frondoso
Al hálito de suaves primaveras
Y dormirá á su sombra el misterioso
Arcángel de las razas venideras.
Huirán las vetustas tradiciones,
Madre, á tu voz, como al nacer el día
Las nocturnas, famélicas visiones,

Que del bardo creó la fantasía.
Lucharán los partidos
Y tendrán su opinión los ciudadanos;
Mas al banquete de *tu amor reunidos*
Correrán vencedores y vencidos
Como al hogar paterno los hermanos,
Que pacífica siendo la contienda
Podrás á todos tributar tus dones
Y al par de todos recibir la ofrenda
Y en un himno sublime, sus latidos
Confundirán los nobles corazones
Que de tus hijos en los pechos laten,
Porque sabrás al fin que no se baten
Impunemente, patria, los leones.

VI

No basta, no, el auxilio de Belona,
No basta á un pueblo ser altivo y fuerte
Para domar la furia de la muerte
Si el ángel del progreso le abandona.
De la inmortalidad al alto solio
No llegan por lo extensas las naciones:

De Roma las gigantes posesiones
No bastan á guardar el Capitolio.
Pasaron ya, cual hojas arrastradas
Por raudo torbellino,
Los tiempos en que abrían las espadas
De la gloria el camino.
Hoy, patria, centellea
Del porvenir en el alcázar santo
El sol inmaculado de la idea,
Hoy debe el pueblo que vivir desea
De la labor cubrirse con el manto.
El ideal del siglo diez y nueve
La ciencia al arte con empeño aduna
Y ya al cañón á despreciar se atreve
El ángel de la prensa y la tribuna.
El pueblo que con brío soberano
Del pensamiento el mar rico y fecundo
Domine al fin, ese será el tirano
A cuyas plantas se prosterne el mundo,
Ese conseguirá, madre del alma,
Rompiendo de los siglos el arcano,
De la inmortalidad la excelsa palma.
Sigue la senda, pues, que alcanza y guía

Del glorioso futuro á la alta cumbre,
Y ser conseguirás, sultana mía,
Astro que rompa de la noche fría
Por siempre el tul con su radiosa lumbre.
Piensa que aun eres joven,
Que el trabajo es el dogma de la vida,
En el mañana ten los ojos fijos
Y no temas, no temas que te roben
El laurel eternal en la partida
Suerte contraria ni destino adverso,
Porque yo sé que cantarán tus hijos
La diana triunfal del Universo
Y sé que estás llamada
A ser, patria, la tierra prometida,
A ser, madre, la Atlántida soñada.

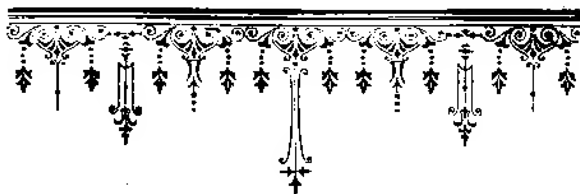
VII

Sí, patria, sí : no miente mi deseo,
Profeta soy cuando al soñar te veo
La grande de las grandes,
Escribiendo tu nombre en lo infinito
Y enarbolando tu pendón bendito,

El pendón del amor sobre los Andes ! . . .
Y aunque imposible me es seguir tu suerte,
Aunque ya habré acabado mi camino
Y dormiré en los brazos de la muerte
Como al fin del desierto el peregrino,
Estoy, patria, seguro
Que cuando veas realizados esos
Anhelos santos de mi afecto puro,
Temblarán de placer mis pobres huesos
Allá en el fondo del sepulcro oscuro ! . . .

Febrero, 1885.





PRIMAVERA TRISTE

Al ilustre é inspirado poeta don Manuel del Palacio

I

Ya surgen por doquiera
Al soplo de la virgen primavera,
Violados lirios y fragantes rosas;
Los gusanos roedores
Sus alitas despliegan zumbadores,
Transformados en blancas mariposas.

II

La vid al olmo prende,
El átomo en la atmósfera se enciende,
Trina y gorjea el ruiseñor canoro,
Y de azahares vestido,
El naranjo nos brinda agradecido
Sus dulces frutos del color del oro.

III

Escalan los balcones,
Confidentes de amantes ilusiones
Las varias y entreabiertas capuchinas,
Y con rápido vuelo,
Cruzan inquietas el azul del cielo,
Chillando, las oscuras golondrinas.

IV

La vista se recrea
Contemplando las casas de la aldea

Con sus huertos floridos y feraces
Y el olivar cercano
Donde en las frescas noches de verano
Arrullan á sus hijos las torcaces.

V

Deslízase la vida
Mansamente en la aldea circuïda
Por un doble mural de altas montañas,
Cruzadas por un río
Que se pierde después, cauto y sombrío,
Entre juncos y enebros y espadañas.

VI

Allí, lejos del mundo
Y ajeno al incesante é infecundo,
Cruento batallar de las pasiones,
Julián tranquilo mora
De la inocente grey trabajadora
Reinando en los sencillos corazones.

VII

Un niño delicado,
En cuya linda faz han combinado
Sus colores las rosas y la espuma,
Sonríe á su presencia,
Alumbrando el plantel de su existencia
Con los fulgores de su gracia suma.

VIII

La hechicera Matilde,
Lujo y encanto del lugar humilde,
Madrastra del airoso y tierno niño,
Comparte recelosa
Con aquel serafín de nieve y rosa
De Julián la existencia y el cariño.

IX

En férvido arrebato,
Como sabe que el niño es el retrato

De la que ya en el cielo alegre anida,
Un odio, aunque escondido,
Mortal guarda al pequeño en cuyo oído
Sonó apenas la diana de la vida.

X

En la noche traidora
Y ofreciéndole el llanto que devora,
Pide á Dios que bendiga sus amores,
Pues la dicen sus celos
Que es la nupcial coyunda sin hijuelos
Como un jardín sin pájaros cantores.

XI

El pobre niño, en tanto,
Con la magia celeste de su encanto
Seduce á los vecinos de la aldea
Y nadie le divisa
Sin responder con gozo á la sonrisa
Que en sus húmedos labios juguetea.

XII

¡ Oh deleitosa infancia,
Cuando el alma traspone la distancia
Que nos aleja de tu albor querido,
Suspirando vislumbra
A un arcángel que oculto en la penumbra
Guarda las puertas del Edén perdido ! . . .

XIII

No escuchó sordo el ruego
Dios de Matilde, y refrescante riego
Para el pesar que en las tinieblas llora,
La envía bondadoso
Con el primer quejido doloroso
De una niña gentil y encantadora.

XIV

¡ Cuán alegre y ufana
Matilde al despuntar de la mañana

Contempla de aquel ser el rostro bello!...
¡Con qué dulce embarazo
No le arrulla dormido en su regazo,
No le besa en los ojos y en el cuello!...

XV

En su ternura loca,
Sus instintos más cándidos sofoca
Cerrando al bien del corazón la puerta
Y siente delirante
Que cada vez más terco y más pujante
Se arraiga su odio al hijo de la muerta.

XVI

Nerviosa é insensata
Sin motivo implacable le maltrata,
La enoja que le muestren simpatía,
Y en su rencor profundo
No piensa aquella madre que en el mundo
Su hija puede quedar sola algún día.

XVII

Si al sonrosado niño
Tierno acaricia el paternal cariño,
Si celebra sus gracias orgulloso,
Con marcado disgusto
Vuelve al instante altiva el ceño adusto
Y huye enojada de su dulce esposo.

XVIII

Y al querube sin alas
Que encarnó sus fulgores y sus galas
En el infante de oro y rosa y nieve,
Martiriza y oprime
Con más encono aún y el niño gime
Y ni piedad á demandar se atreve.

XIX

Julián, que á cada instante
Ve denostar al delicado infante

A causa del amor que le profesa,
Ahogando su ternura
Se aparta de la pobre criatura
Y ya ni la sonríe ni la besa.

XX

Y el niño acostumbrado
A ser por Julián siempre acariciado,
Como una flor sin riego languidece
Y en su dolor sencillo
Toma su linda faz ese amarillo
Color que al de las tumbas se parece.

XXI

La soledad medrosa
En que yace su almita generosa,
Con rapidez enerva su energía*
Y en su cándido lecho,
Lívido el rostro, jadeante el pecho,
Despierta una alborada triste y fría.

XXII

Ya el invierno á las puertas
Golpea del hogar, vénse cubiertas
De nieve deslumbrante las montañas,
Y el silencioso río
Se transforma en torrente que bravío
Arrastra enebros, juncos y espadañas.

XXIII

Una noche en que el viento
Contra los vidrios choca violento
Y en que parece desquiciarse el mundo,
Del infante doliente
En la alcoba, alumbrada débilmente,
Se escucha el estertor de un moribundo.

XXIV

Con paso cauteloso
Llega al lecho Julián, contempla ansioso

Del niño el rostro pálido y marchito
Y deja en él impreso
Un ósculo no más, pero aquel beso
Era un rayo del sol de lo infinito.

XXV

Su pupila espirante
Gozoso fija el niño en el semblante
De Julián, que frenético batalla
Con el terror divino
Que sobrecoge siempre al asesino
Si á solas con sus victimas se halla.

XXVI

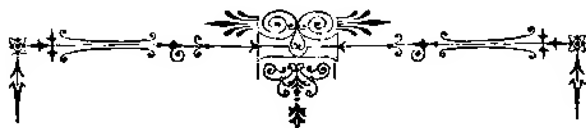
La pobre criatura,
Al sentir aquel beso de ternura
Que á endulzar viene amante su agonía,
Olvida sus agravios
Y una sonrisa de sus mustios labios
Al triste padre cariñosa envía.

XXVII

Después, estremecido
Julián escucha el lúgubre ronquido
Que del infante despedaza el pecho,
Se doblan sus rodillas,
Una lágrima surca sus mejillas
Y en un sepulcro se convierte el lecho! . . .

Enero, 1885.





A GRECIA

Al doctor don Alberto Nín, en prenda de profunda gratitud

I

Grecia, sibila de eternal memoria,
 Estrella diamantina
Que irradias lumbre de celeste gloria
Que el antro de los tiempos ilumina;
Patria de Cadmo y Hércules y Orfeo,
Guardada por las cumbres del Parnaso
Y acariciada por el mar de Egeo;
Matrona á cuyo paso
Brotan del genio las sublimes flores

Y que ves del Olimpo las deidades
A tus plantas trenzando el hilo de oro
Que encadena á tu carro las edades;
No agotado tesoro
De lides y de amores;
Urna do duerme el ángel de la idea,
Fértil tierra engendrada
Por un beso de Venus Citerea,
Hoy que cantarte entusiasmado quiero,
Hoy que tu nombre mágico me inspira,
Presta á mi humilde lira
El fuego creador que inflamó á Homero! . . .

II

¡Salve, Homero inmortal, genio fecundo,
Faro de la poesía
A cuyas plantas ruge el mar profundo
Do el épico bajel busca su vía!
Tu narración gigante,
Musa de eterna y de sin par fragancia,
¡Cuántas veces seguí siempre anhelante
Allá en los dulces días de mi infancia! . . .

Es tu *Iliada* espléndido poëma,
Vate de Esmirna, escrito
En el dintel de la mansión suprema
Con un girón de luz de lo infinito.
Seguir tu vuelo pretendiera en vano
Del genio á las espléndidas regiones;
No se imitan las fieras convulsiones
Y el ronco rebramar del Oceano.
De la inmortalidad llevan el sello
Los rubíes que engarza tu diadema,
Que en tanto los humanos corazones
Palpiten por lo grande y por lo bello,
Vivirá tu poëma!...

III

El autor de *las Obras y los días*
Que á los débiles da dulces consejos
Y cuenta las sublimes armonías
Del deber, la justicia y la ventura,
El que los suaves néctares añejos
De Biblos canta y pinta la hermosura
Del suelo que el trabajo fecundiza,

Con el divino Homero rivaliza
Aunque llegar no puede hasta su altura.
Y siguen, cual satélites brillantes
De un sol nunca eclipsado,
Con Calino de Efeso,
Tirteo cuyos cánticos vibrantes
Dan al Peloponeso
La guerrera virtud de los gigantes
Que anhelaron con ánima esforzada
Invadir de los dioses la morada;
Arquiloco, Terpandro, Alceo, la triste
Amante de Faón, cuya ternura
Ningún pecho resiste
Si sintió del amor la dulce herida
Y desdeñado quiso en su amargura
Cegar los manantiales de su vida;
Arión y Alcmán y Tínico y Corina,
La musa peregrina
Vencedora de Píndaro, el que ardiente
Supo humillar la cancerosa frente
De la ruin tiranía
Con el rayo del genio y la armonía;
El dulce Anacreonte,

Que ciñendo la hiedra de la orgía,
Parece Baco al descender del monte
Ebrio de vino y ebrio de alegría.
Y marco de ese cuadro tan sublime,
Pinta Esquilo el deseo
Y el terrible luchar de *Prometeo*
Que *encadenado* sobre el Atlas gime;
Sófocles el tormento
De *Edipo* que *en Colona* desterrado
Al cielo vuela ya purificado
En el crisol del propio sufrimiento;
Eurípides los celos de *Medea*
Que á sus cándidos hijos despedaza
Y en el cielo del arte centellea
Sol de los soles, á quien abren plaza
Ion de Chios y el ilustre Aqueo,
Cuyo nombre fulgura
Al través del cendal de las edades
Con el recuerdo de la infancia pura
De las fieras y trágicas deidades.
Si Aristófanes pinta en el proscenio
Los goces de *La Paz* y en el sarcasmo
Sabe encontrar la llave con que el genio

Del futuro despierta el entusiasmo,
Paniasis y Querilo
Se elevan todavía
Con estro noble y con radioso estilo
Y Cricias sobresale en la elegía,
Que en Grecia la fortuna
Meció de la divina poesía
Todos los tonos en dorada cuna.

IV

De Fidias los cinceles
Que *Minerva lemniana*
Coronará de flores y laureles;
Del dulce Apolodoro
El nombre esclarecido
Grabado en el cenit con letras de oro;
De Polignoto el vuelo refulgente
Que cruza las serenas
Regiones donde el genio alza su frente
Y el *Pocilo* de Athenas
Lega á la edad futura
Que el cetro de los mundos asegura

A las artes helenas;
Parrasio, de Timantes
Noble competidor, nunca vencido
En la artística lid de dos gigantes;
Zeuxis que el néctar creador apura
Al bosquejar su altiva cortesana,
De *Elena* voluptuosa la hermosura;
Praxíteles que asombra
Con la *Venus de Gnido*
Al orbe que aun le nombra
De entusiasmo y amor estremecido;
La inspiración de Apeles
A cuyo noble y mágico conjuro
El rayo vibra y se desata *el trueno*,
Al percibir de Eolo los corceles,
En el nublado oscuro
De horror ansioso y amenazas lleno;
Nicomaco que lanza,
Con el *rapto* inmortal *de Proserpina*,
Del arte en la balanza
Una perla sublime y nacarina;
El templo de Diana en Siracusa,
El de Juno en Corinto, *el de Teseo*,

El Parthenón, la Acrópolis que acusa
Sacrílego deseo
De arrancar con la magia del encanto
A los dioses crueles
De la inmortalidad el fuego santo,
Te dan, Grecia, sus dones
Para que admire tu esplendor gigante
Y avasalles altiva
A todas las naciones
Que en su carro triunfante
Osen pasearte como á vil cautiva.

V

¡Oh patria de Solón, de Euclides cuna,
Qué más puedes pedir á la fortuna
Si cariñosa y pía
De tus artes al sol mágico aduna
El sol de tu inmortal filosofía! . . .
Pitágoras, de Apolo
Hijo preclaro, se transforma en hombre,
Dulce Grecia, tan sólo
Para extender la gloria de tu nombre.

De tu genio la luz de polo á polo.
Demócrito y Leusipo tu memoria
Del porvenir sobre la sien sombría
Escriben con el cetro de su gloria
Y con tenaz empeño
Al fundar su atrevida teoría,
Lo grande al deducir de lo pequeño,
Avaloran el temple de tu escudo
Que no logró el olvido todavía
Hender del tiempo en el combate rudo.
Sócrates, que inocente
Con firme mano toma la cicuta
Que la radiosa frente
De Athenas criminal por siempre enluta
Y con celeste calma
Á la amistad doliente
Enseña fiel la eternidad del alma,
Para tí arranca á la futura gente
Inmarcesible palma.
Platón que en su *República* divina
Forja el ideal de un sueño luminoso,
Una utopia sublime y peregrina,
En el *diálogo* espléndido y grandioso

De las leyes te eleva á la alta cumbre
En donde vierte el sol esplendoroso
De la inmortalidad su excelsa lumbre.
Esa lucha gigante
Del bien y el mal, la duda y la creencia,
De la esperanza amante
Que levanta hasta Dios la humana esencia
Y la negación ruda
Que escudada en el manto de la ciencia
No admite ni el consuelo de la duda,
También, Grecia, también de tus pasiones
Encrespó el ronco mar fiera y sañuda.
Mas la contienda es larga
Y aun duran sus potentes convulsiones,
Su estruendo aun en los espacios gira
Que puede ser tan triste y tan amarga
La verdad y tan dulce la mentira,
Que nadie logra descorrer el velo
Que el eureka inmortal celoso escuda
Con el azul del recamado cielo.
¿Vencerá Dios ó Satanás?... ¡Quién sabe
Lo que del porvenir guarda la llave!...
En la lucha traidora,

¿ Quién se atreve á afirmar cual será el grito
Que rasgando el cendal de lo infinito
Tremole al fin su enseña vencedora ? . . .
¡ Tal vez por negras brumas como ahora
El mundo siempre girará sujeto ! . . .
¡ Acaso nunca la contienda acabe
Y el porvenir reserve su secreto ! . . .

VI

Tierra maravillosa
A quien sumiso ofrece
Herodoto su ingenua y clara prosa
E Hipócrates sus ricos *Aforismos*
Que de la medicina con radioso
Vuelo á sondear se atreven los abismos ;
Sibila de Anaxágoras, que mece
Damón con dulces notas musicales
Y á quien Urania cede generosa
De Metón en el ciclo portentoso
Una perla de luz de sus caudales ;
Siempre encumbrada diosa,
Cuyos altares de laurel florido

Adornó enternecido
Pericles el filósofo, el guerrero,
El artista, el tribuno esclarecido,
Que en los brazos de Aspasia prisionero
Lega á su siglo su gigante nombre
Que vivirá mientras exista el hombre;
De Lisias madre tierna y amorosa,
A quien brinda altanero
Jenofonte la grata y dulce frase
De un relato sublime, *el Anabase*;
Nodriza celestial de las naciones,
Que engrandece magnífico y austero
Dinarco en sus sentidas oraciones,
Rivales en vehemencia á las de Esquino
Cuando se alza severo
Acusando á Demóstenes divino;
Cuna santa del arte,
Me falta inspiración para cantarte
Y á mi pesar te veo
Más grande que el deseo
Que siento de admirarte,
Que al entreabrir el libro de tu historia
El alma entusiasmada

Retrocede turbada
Ante tanto fulgor y tanta gloria!...
¿Cómo narrar la bélica victoria
De Maratón, los triunfos de Platea,
De tus hijos la prez y el ardimiento
Con varonil acento
Que digno, Grecia, de tu nombre sea?...
¿Cómo contar con estro vacilante
De Foción la virtud nunca marchita,
De Leonidas el valor gigante
Si para empresa tal se necesita
De tus *rapsodas* el laud vibrante?...
¿Ni qué puede agregar á tu grandeza
Lo humilde de mi canto,
Oh madre celestial de la belleza
A quien venero en mi deliquio santo?...
Tú nunca morirás: tu nombre escrito
En la bóveda azul de lo infinito,
Verá pasar los pueblos, las edades,
Las costumbres, tal vez las religiones,
De la ambición las roncas tempestades,
El fiero batallar de las pasiones,
Siempre inmutable, divinal, fecundo,

Que aunque el globo chocara en el vacío
Con un astro mayor y desbocado
Como corcel sin dueño
En el choque sombrío
De su órbita eternal fuese arrancado
Y en mil pedazos se rompiera el mundo.
En el trozo más ruin y más pequeño
Quedaría tu nombre eternizado.

VII

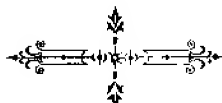
Jardín de las Hespérides sublime,
Donde aun de Flora enamorado gime
Céfiro los desdenes
Y á quien Pomona amiga
Brinda sus dulces bienes
Al par de Ceres la dorada espiga;
Donde aun suena al mediar la noche oscura
La voz de Apolo que á los ruiseñores
Enseñara á cantar en la espesura;
Olímpica matrona,
Que vistiendo de Marte la armadura
Desafías de Febo los ardores,

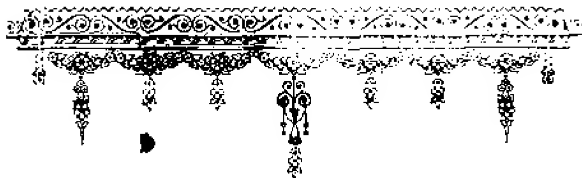
Que robaste á la Aurora sus corceles
Y á quien la diestra armada de Belona
Con los tristes laureles
De la sangrienta lid blanda corona;
A quien Minerva fía
La luz de la eternal sabiduría
Y á quien Saturno baña de sus soles
En los vivos y ardientes arreboles;
Hija noble de Juno,
A quien Venus envuelve en los cendales
De su divino amor y da Neptuno
Sus tesoros de perlas y corales;
A quien arrullan tiernas de consuno
Con su armoniosa cántica divina,
Con su rítmico coro
Las hijas de la noble Mnemosina,
Las musas con sus cítaras de oro;
A quien ofrece Hera
Las galas de la virgen primavera,
Las ninfas deslumbrante su hermosura
En la margen del río
Do las acecha el sátiro sombrío,
Do la nereida su cantar murmura

Y Baco, de la vid y el placer dueño,
La copa enervadora del beleño;
De quien Hefasto cuenta
La prez y las hazañas
A las gentes extrañas
Con el fuego que alienta
Oculto de la tierra en las entrañas;
Que aun ves cual siguen á la fiera Injuria
Por doquiera con paso vacilante
Las Plegarias que aplacan la alta furia
De Júpiter Tonante;
A quien Diana en su lumbre tembladora
El beso manda de la noche umbría
Para encender la hoguera bullidora
De tu siempre sublime poesía
Que sueña, arrulla, desespera y llora,
Baña mi humilde canto
En el raudal del genio y la armonía
Con que venciste al ángel del olvido,
Clemente préstale tu amparo santo
Para que escude la memoria mía
Cuando la Parca fría
Me arroje en el Estigia maldecido,

—Río que de las madres formó el llanto,—
Y Encelado que á Jove desafía,
Hazme llegar al puerto apetecido
Tendiéndome un extremo de tu manto! . . .

Mayo, 1885.





AL AMANECER

A mi distinguido amigo, el orador cubano
Enrique Selezabal

Huye la noche callada,
Despierta el alba gozosa
Y tiñe de nieve y rosa
La inmensidad azulada;
Suspirando en la enramada
Vuela el pájaro cantor,
Abre su cáliz la flor,
Suena el eco, gime el río
Y brinda al prado el rocío
Perlas, frescura y verdor.

¡Cuánta luz, cuántos rumores

Por florestales, vallados,
Selvas, cumbres y plateados
Arroyuelos saltadores ! . . .
De ese sol á los fulgores,
¿ Quién puede en calma soñar
Cuando el insecto y el mar,
La sierra, el árbol, la lira.
Todo aquí, todo respira
Sed de ser, ansias de amar ? . . .

Roba el insecto al clavel
Aleteando gozoso
El suave néctar sabroso
Que ha de transformar en miel ;
La brisa arranca al verjel.
Al bosque, al plantar, al huerto,
La semilla que el desierto
Trocará en fértil pradera
Y altiva, airosa y velera
Huye la nave del puerto.

Tala el hacha el arbolado
Y con impaciencia loca

El pico rompe la roca,
Abre la tierra el arado;
De la fragua el son pausado
Acaricia nuestro oído,
Agítase el pez herido
Y sediento de matanza,
Libre á los aires se lanza
El cóndor nunca vencido.

El cazador forcejea
Con la rebelde traïlla
Y la prensa gime y chilla
Para trasmitir la idea;
La enlutada chimenea
Nubes de humo suelta al viento
Que asaltando el firmamento
En cerrados escuadrones
Fingen hermosas visiones
Que duran sólo un momento.

La fugaz locomotora
De centellas circuïda,
Corre á difundir la vida

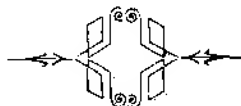
Por doquiera bienhechora ;
La tórtola amante llora
Su viudez al recordar.
La virgen se postra á orar
Y con ardiente cariño
La madre acaricia al niño
Junto al fuego del hogar.

Crea inspirado el poeta,
Canta el ave en la espesura,
En la alborozada altura
Se mece la nube inquieta ;
El sol, celeste paleta,
Colora arbustos, montañas,
Fuentes, palacios, cabañas,
Envidia dando al minero
Que taladra prisionero
De la tierra las entrañas.

Tome el artista el cincel
Y el labrador la hoz cortante,
Libe el insectillo errante
Las corolas del verjel,

Los mares surque el bajel.
Vuele el águila atrevida
Y todo con voz sentida
Dirá al hombre que aquí abajo
La dura ley del trabajo
Es el dogma de la vida.

Enero, 1875.





EL CANTO DE NERÓN

Al insigne poeta lírico, doctor don Alejandro Magariños Cervantes

I

DADME la lira, que sus cuerdas de oro
Pulsar en alas de la noche anhelo
Y el cántico sonoro
Llegue vibrante hasta el azul del cielo.
¡Oh armonía que adoro
Y que me arrullas cuando estoy á solas,
Mírente al fin vencida mis afanes
Y enmudezca la voz de los volcanes
Y calle el ritmo eterno de las olas!...

II

Duerme Roma á mis pies; brilla en la altura
De la luna la faz, disco de plata
Que en las hirvientes ondas se retrata
Del Tiber que fatídico murmura.
Y el hada de la gloria, madre ingrata,
Vuela en el fondo de la noche oscura.

III

Dadme el laud: no ha de luchar en vano
Con esa meretriz empedernida
De la tierra el excelso soberano;
Muy pronto la veréis caer rendida,
Mientras al ruego de su voz doliente,
De sus ayes profundos
Coronarán los mundos
Con soles de Nerón la altiva frente.

IV

Voy á dar incentivo á mis ideas
Porque mejor respondan á mis fines,
Iluminando con humanas teas
De mi palacio regio los jardines.
¡ Hola, siervos, lictores,
A la mísera grey del Nazareno
Sepultadme entre rojos resplandores,
En tanto vibra rítmico y sereno
Mi laud al compás de sus dolores ! . . .

V

Yo no conozco la piedad ; sin pena
Miro á los gladiadores
Caer del circo en la tostada arena.
Ni me conmueve el ansia de la hiena
Cuando con sed impía
Moja sus fauces, de contento llena.
En la sangre caliente todavía.
De mi madre y mi hermano en lucha fuerte

Me acosan los espectros vengadores;
Mas si á vivir volvieran, polvo inerte
De nuevo los trocara en mis furores.
De la conciencia el grito
Nunca se oyó en la tumba de mi pecho
Y es un numen maldito
El que vela á las plantas de mi lecho;
Pero numen mejor no necesito
Y me duermo á su amparo satisfecho.

VI

Brille, brille la hoguera
Y cubra al astro de la noche el humo
Que airoso escala la cerúlea esfera:
¡ Nací con los instintos de la fiera
Y el afán en que ardiente me consumo
Quema más que esa lumbre pasajera!...
Por eso, si pudiera,
Cuanto hoy existe en llanos y montañas,
En cenizas y escombros convirtiera
El fuego que palpita en mis entrañas.
Mas ¡ay! culpad á Jove que inhumano

De Nerón en el alma poner quiso
La amargura del férvido Oceano
Y no la luz del sol del Paraíso! . . .

VII

Sube al espacio, sube
Humo que escalas con radioso vuelo
El tapiz movedizo de la nube,
Y dile al almo cielo
Cuántas veces Nerón quiso gigante
Escribir en la bóveda azulada
Su nombre en caracteres de diamante.
Gloria que así te burlas de mi duelo,
Por arrancarte el eternal poema
Que cantas de las sombras entre el velo,
Diera con gozo mi imperial diadema.
Quiero arrancar la página soñada
A tu egoísmo ruin, deidad impía,
Y si es verdad que forman su ignorada
Y lúgubre armonía,
El ¡ ay ! de la materia quebrantada,
El lodo que se oculta en los torrentes,

Ríos de lava y rechinar de dientes.
La página ya es mía,
Y pues la supe hallar en la jornada
Al olvido mi nombre desafía ! . . .

VIII

Dadme ya el cáliz lleno
Con el perfume de la vid sabroso,
Que de cantar cansado
Me embriagaré en el néctar delicioso
A las magas de Chipre arrebatado.
¡ Cómo ondula tu seno,
Mujer de ensortijada cabellera ! . . .
¡ Cómo de amor ansioso
Lúbrico beso recibir quisiera
Y tu semblante hermoso
Cómo brilla al reflejo de la hoguera ! . . .
Huye, que voluptuosa
Ya se despierta de mi ser la fiera
Y la lira medrosa,
Indolente y turbada.
La página soñada

Mira tornar á la celeste esfera.

Después de amor te estrecharé en los lazos:
Ahora no, que en la fiebre que me acosa
Tu hermosura pudiera hacer pedazos
Al ver desvanecida,
Por la luz de tus ojos cariñosa,
La ilusión que es la fuente de mi vida.

IX

Persiguiendo ese bien que me enajena,
Como mísero histrión subí á la escena
Y con el alma de entusiasmo henchida,
Bajé del circo á la caliente arena
Cuyo sangriento hedor no me intimida.
Grecia, sol que se oculta en el ocaso
Y cuyo sueño guardan cual baluartes
Invencibles las cumbres del Parnaso,
La pitonisa sacra de las artes.
De los dioses la cuna,
Sintió las huellas de mi regio paso
Y doliente é inquieto
Canté mi afán á la plateada luna

Reclinado en las faldas del Himeto.
Mas ¡ ay ! tras tanta y tan cruel porfía,
El ánima angustiada
Encontrar todavía
No pudo, no, la página soñada.

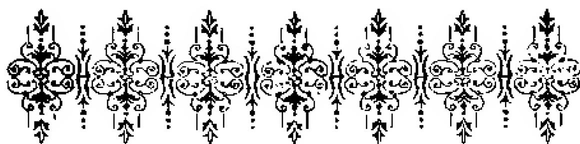
X

¿ Qué dice en sus gemidos
Esa turba de torpes impostores,
Al mirar por el fuego retorcidos
Sus miembros tembladores ? . . . .
¿ Alaban á su Dios ? . . . . ¡ Deidad mentida.
En ti creeré cuando tu rayo vibres
En torno de mi frente maldecida
Y á tu angustiada grey vengues y libres ! . . . .
Más leña, así, más leña
Que á su reflejo incierto
Mi alma, que aun con lo imposible sueña,
Llegará al fin al codiciado puerto.
Mas esa roja llama palidece,
Se apaga poco á poco
Y brilla, brilla en su muriente foco

La página sublime y me escarnece ! . . .
Ya se extinguió y en mi dolor tirano
Para siempre llorando la despido ;
Mas no, ¡ que aun guarda el corazón humano
Hirviente sangre y funeral quejido,
Do se oculta el arcano
De mi soñado bien apetecido ! . . . .

Enero, 188[illegible].





COLÓN

Al inspirado autor de "Los Amores de Marta",
doctor don Carlos María Ramírez

I

En vano audaz sobre las olas vuela,
Corcel de mi ambición, el pensamiento,
Que no puede mi pobre carabela
Su premura igualar aun cuando el viento
Hinche iracundo la crujiente tela
Y en vano, corazón, en tu ardimiento
Ronco gemido de impaciencia exhalas
Tendiendo ansioso las cansadas alas.

II

A medida que el plazo se termina,
De mis ensueños de grandeza y gloria
El quimérico alcázar se arruina,
Y la fiebre que ansiaba mi memoria
Escribir en la cúspide divina
Do florece el laurel de la victoria,
Sollozante y fatídica desmaya
Como la ola al rodar sobre la playa.

III

¡Y el plazo va á espirar! . . . . ¡La noche fiera
Recoge su crespón! . . . . ¡Tiempo maldito
Que para aquel que la ventura espera
Te acercas como mole de granito
Por un niño movida, y tu carrera,
Cuando trae la desdicha ó el delito,
Haces que deje atrás el raudo vuelo
Del águila caudal, reina del cielo! . . .

IV

Muévate á compasión mi honda agonía,
Detén por Dios tu marcha presurosa,
Y nunca hiera la pupila mía
La aurora con su luz de oro y de rosa,
Si ha de alumbrar cual siempre la sombría
Soledad del Océano espantosa,
Si hoy como ayer con mi destino en guerra
A hallar no alcanzo la anhelada tierra.

V

Si mi ruta perdí, del dócil leño
Abran las olas la cortante quilla,
Nunca más torne con mi amante dueño
A recorrer los campos de Castilla,
Trágueme el mar con mi gigante sueño,
Con mi ambición, mi angustia y mi mancilla,
Con la espirante flor de mi esperanza
Cual piedra inútil que al azar se lanza.

VI

Yo de la húmeda orilla á las arenas
Tornaré en alas de mi afán inquieto,
Cuando á piedad movida por mis penas,
Me cuenten amorosas el secreto
De mi visión de gloria las sirenas,
Y de la suerte respondiendo al reto,
Mostraré al universo estremecido
El rumbo del país desconocido.

VII

Yo volveré y á las futuras gentes
Les diré delirante de alegría,
Que Colón aquel loco, aquel demente
Ni soñó torpe ni falaz mentía;
Que existe una región resplandeciente
Con céfiros de luz y poesía,
Extrañas flores, dúlcidos cantares,
Vírgenes selvas ó ígneos luminares.

VIII

¡ Oh genio de la mar, si aun es preciso
Tras de tanta miseria y tanto lloro,
Para poder robarte el que diviso
En sueños rico y celestial tesoro,
Ceder á tu maldad del Paraíso
La parte que me asigne el Dios que adoro,
No más la tierra de mis pasos huya
Y tómala en buen hora, toda es tuya ! . . .

IX

Ábreme el santuario de la gloria,
Calma mi afán y mi terrible anhelo,
Haz eterna y gigante mi memoria,
Lleguen mis labios á besar el suelo
De ese país, proscripto de la historia,
Y yo sabré crear un nuevo cielo
En sus añosos bosques virginales
Que el mismo Dios envidie á los mortales.

X

Tras de tanta injusticia despiadada,
¿No alumbrará la gloria mi Calvario?...
De mi ensueño la esencia inmaculada,
El gigante anhelar del visionario,
¿Se perderá en la atmósfera apartada
Igual que el humo azul del incensario?...
Esta sed que me arrastra á lo infinito,
¿Será el afán de un corazón maldito?...

XI

¿Se engañará el ingenio soberano
De Averroes, el sabio giganteo?...
¿Mentirá estérilmente el veneciano
Marco Polo, á quien lleva su deseo
Más allá del lugar del Oceano
Descrito por Marino y Tolomeo,
Al afirmar que aquella tierra extraña
Está próxima al Africa y á la España?...

XII

¿ Será falsa la ciencia peregrina
De Aliaco y del sutil Capitolino,
Cuando entrambos sostienen que vecina
A España está por donde el sol divino
Allá en la tarde lánguido declina ? . . .
Alejado tal vez de mi camino,
Pensando navegar hacia Occidente,
¿ Corta mi barco el mar inútilmente ? . . .

XIII

¿ Será acaso la Atlántida soñada
Un día por Platón, la tierra hermosa
Por Séneca inmortal profetizada
Y que en mis noches ví, la India preciosa,
De los fenicios la región preciada,
De Cipango la virgen primorosa
Engendro de mi ardiente fantasía,
Engañosa ilusión del alma mía ? . . .

XIV

No, mar; en vano con continua guerra
Embravece tus olas mi destino,
De la ignorancia el vil temor me cierra
En vano odioso el salvador camino;
Si no le es dado á la anhelada tierra
Llegar triunfante al genovés marino,
Otro vendrá que arrancará á tus brumas
La Venus germinal de las espumas!...

XV

A Levante corrían los bajeles
En busca de las islas, aun secretas,
Que por sus frescos bosques de laureles,
El vivo centellear de sus planetas,
Sus tesoros, sus aves y verjeles
Afortunadas llaman los poetas
Y presa del delirio, el alma mía
Ya por opuesta senda las seguía.

XVI

Y con la entera y sin igual constancia
Que robustece y agiganta el lloro,
Ofrecí á Portugal, ofrecí á Francia.
A Inglaterra y Venecia mi tesoro,
El mundo de la luz y la fragancia,
Rico en piedras preciosas, rico en oro
Y por doquier miréme despreciado
Y mi don ví por todos rechazado.

XVII

Casi vencido ya en la lucha fiera
Y al pie de las murallas de Granada,
Llegué hasta el trono de Isabel Primera
Que de mis desventuras apiadada,
Me escuchó cariñosa y placentera
Y por mis dulces sueños contagiada,
A la voz de su fe noble y sencilla,
Me ofreció con su amparo el de Castilla,

XVIII

Y el tres de Agosto sus crujientes telas
En el puerto de Palos desplegaban
Tres pequeñas y humildes carabelas
Que á descubrir un mundo se lanzaban;
Lloraba el viento en las hinchadas velas
Y en el puerto también tristes lloraban
Los deudos, los amigos suspirantes
De los estremecidos navegantes.

XIX

Y en balde, mar, que guardas en tu seno
Del mundo niño la canción primera,
Y en cuyas ondas mira su sereno
Azul gozosa la estrellada esfera,
De níveas perlas y corales lleno
Y sirenas de blonda cabellera,
Terco suplicas á las brisas suaves
Que atrás empujen mis cansadas naves.

XX

En vano me resistes, Oceano
Que remedas gigante las batallas
Y al ronco afán del pensamiento humano,
Cuando voraz tus arenosas vallas
Inundas altanero y soberano
Y sus angustias cuando triste callas,
Remedo bramador de lo infinito,
Último aliento de un titán maldito! . . .

XXI

Que no temo perder en la partida
É inútil es ¡ oh mar! que ardiendo en saña
Azotes mi bajel enfurecida ;
Mi demencia sublime no me engaña,
Mi nombre está llamado á eterna vida.
Y á eterna lumbre el esplendor de España :
Yo daré, por las joyas de su imperio,
Los astros á Isabel de otro hemisferio ! . . .

XXII

Que si es tan grande aquel país fecundo
Cual dicen Strabón y Onesicrito,
Cual piensa Plinco en su saber profundo,
Cual dejó Ctesias por su ingenio escrito,
La extensión de tu piélago iracundo
En el afán de mi ilusión limito
Y veo de las Indias las regiones,
De tus brumas surgir tras los crespones.

XXIII

Mal hiciste en cubrir aquestos leños
Labrados por las gentes de su orilla,
Que cuanto más esfuerces tus empeños
Será mayor más tarde tu mancilla ;
Este bajel guiado por los sueños,
Guardado por la enseña de Castilla,
Lleva en su seno el alma destinada
A descubrir la Atlántida soñada.

XXIV

No importa, no, que la medrosa gente
No comprenda el ideal extraordinario
Que se agita en la cárcel de mi frente,
No importa que me llamen visionario
Y me zahieran torpes cruelmente;
¡ Para llegar fué siempre necesario
De la gloria al alcázar peregrino,
Regar con sangre el polvo del camino !...

XXV

Soy un loco, un demente y mi locura
Ha de abrirme las puertas de la historia,
Que el martirio que sufro me asegura
La inmarcesible palma de la gloria ;
La gente que me increpa, á la futura
No dejará ni rastro ni memoria
Y vivirán las cifras de mi nombre
En tanto el mundo viva y piense el hombre.

XXVI

Mas ya en los altos pórticos de Oriente
El alba amante y nacarada brilla
Y distinguen mis ojos claramente
El pendón generoso de Castilla;
Ya veo el agua límpida y rugiente
Que el barco corta con veloce quilla
Y á despertarse por doquier empieza
Al beso de la luz naturaleza.

XXVII

Como teme y desea encantadora
La doncella gentil y apasionada
Que la bese el doncel que la enamora,
Temo y deseo á un tiempo la alborada;
Mas brille de una vez, brille la aurora
Ya me muestre la tierra codiciada
Con su manto de brisas y de flores,
Ya me traiga el oprobio en sus fulgores!...

XXVIII

¿ Es posible, gran Dios ?... ¿ Sueño ?... ¿ Deliro ?...
¿ Si una nube esas formas me fingiera ?...
¡ Es ilusión, es sombra lo que miro
Y no realidad !. . ¡ Si verdad fuera,
Si á las playas llegase mi suspiro,
Esta vez sí que loco me volviera
De orgullo y de esperanza y de alegría !...
¡ Sube, sube veloz, astro del día !...

XXIX

De mi constancia y mi paciencia sumas
Alcancé ¡ oh mar ! la palma codiciada,
Rotas tus densas é imponentes brumas
Diviso al fin la tierra ambicionada
De madréporas, líquenes y espumas
Y de flores y lampos coronada :
¡ Ya no temo la furia del olvido!...
¡ Muerte afrentosa y cruel, ya te he vencido ! ...

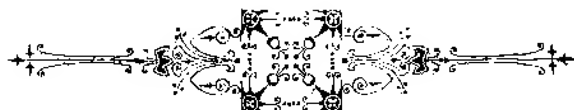
XXX

¡ Excelsior, tierra cándida y hermosa,
Emperatriz del férvido Oceano !...
¡ Salve, ondina celeste y misteriosa,
Mi perseguido y adorado arcano,
En este instante en que alzas temerosa
Tu frente al débil signo de mi mano,
Mi dulce bien, mi ideal, veo, adivino
Tu sublime, tu espléndido destino !...

XXXI

¡ Excelsior, mi región idolatrada,
Mágica cuna de la luz febea,
En el libro del tiempo destinada
No á ceñir el laurel de la pelea,
No á manejar la cortadora espada,
Sino á cantar el himno de la idea,
La estrofa de la hoz de férreo tajo,
Los salmos de la paz y del trabajo !...

Marzo, 1885.



OFRENDA

Leída en la fiesta literario-musical celebrada en el teatro Solís á favor de las víctimas de Andalucía, la noche del 12 de Febrero de 1885.

Oh cuna de la luz y los amores,
Virgen Andalucía,
Donde cantan los pardos ruiseñores
La eterna poësía
Que los céfiros cuentan á las flores;
Donde á los tibios rayos de la luna
Tus *rawies*, tus viejos trovadores,
Abandonando la mansión mortuoria,
De la raza moruna
Nos pintan las costumbres y la gloria;

Donde á los ajimeces,
Adornados con vidrios de colores,
Aun se asoma la esbelta musulmana
Para ver al *zegrí* que muchas veces
El valle cruza en su soberbia alfana;
Donde en el *alminar* de la mezquita
Suena aun del *almaeden* la voz vibrante
Que al sagrado *alatema* nos invita
Cuando el sol palidece agonizante:
Al sentir la catástrofe inhumana
Que sobre tí iracunda se desploma
Temblar debiste, cándida paloma,
Como debe temblar la caravana
Cuando el *simoun* en el desierto asoma!...

¿Cómo ante las sublimes maravillas
Pasmo y admiración del orbe entero,
Celestes galas con que al tiempo humillas,
No cayó desarmado de rodillas
Del implacable alud el ángel fiero?...
Si hoy á tí el hado destructor se atreve,
Oh patria de lo grande y de lo hermoso,
Es que la lepra de la envidia aleve

A todas horas turba su reposo.
Llegó tu fama rápida á su oído
Y sonriendo atravesó el espacio
Y ante tus galas y tu sol querido,
Encontró oscuro y pobre su palacio.
Por eso, con encono y amargura,
De sus iras tremola el estandarte,
Sin ver, sublime manantial del arte,
Que renacerá eterna tu hermosura ! . . .

Ya sé, mi reina mora,
Que la tierra á tus pies tiembla y se agita
De sus propios encantos destructora,
Como rasga, demente y vengadora,
Su ebúrneo seno la vestal maldita ! . . .
Ya sé que de su encono en los afanes,
Baja al llano la cumbre de la sierra
Con el ronco fragor de los volcanes,
Como si nuevamente los titanes,
Ocultos del planeta en las entrañas,
Lanzar quisiesen en deicida guerra
A la faz de las nubes las montañas ! . . .
Ya sé que el ave ansiosa llama en vano

Al dulce objeto de su amor perdido,
Viendo rodar por el fangoso llano
Las adoradas pajas de su nido
Y al árbol secular caer hendido
Por el empuje de invisible mano ! . . .
Y sé también que con radioso vuelo
Ráfagas de huracán tu frente orean,
Que tus muros más firmes bambolean.
Que cascada se torna laguna
Y que donde tu mar se une á tu cielo,
Pálida de terror, surge la luna ! . . .
No ignoro, no, mi almea contristada,
Que á los pies de la cuna
Gime la pobre madre arrodillada,
Esperando que el sino la reuna
Al hijo idolatrado
Que yace sobre el lienzo ensangrentado
Con el tul de la muerte en la mirada ! . . .
Ver me imagino al débil y achacoso
Anciano balbuciente
Que llama sin reposo
Al joven vigoroso,
Escudo y luz de su vejez doliente,

Y comparto el pesar de la hechicera
Mujer por el esposo abandonada,
Cuando en sus brazos la infeliz espera,
De la común desolación salvada,
Gozar de amor eterna primavera ! . . .
¡ Ay, que en tan indecible cataclismo
Sobre el cariño y la bondad impera
La satánica voz del egoísmo,
Cuanto el humano ser tiene de fiera,
Y hay ante tanto y tan cruento duelo,
Ante tanta esperanza defraudada,
Ante tantas congojas sin consuelo,
Razón, razón sobrada
Para dudar de la bondad del cielo ! . . .

¿ Quién, sierva que logró de sus señores
Trocarse en soberana,
Quién secará las lágrimas que llores,
Oh mi gentil sultana ? . . .
¿ Quién calmará la angustia, los clamores,
Los pesares prolijos
De la madre sin hijos,
De la infeliz y desvalida anciana ? . . .

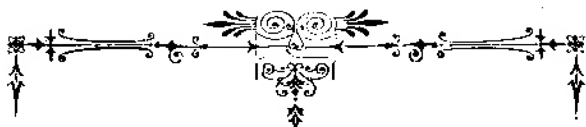
Una virtud de eternos resplandores,
De estirpe soberana,
De poder fecundo
Que si la tierra abandonase un día,
Fuera un sepulcro aborrecible el mundo
Y para siempre el sol se apagaría;
El raudal santo que á torrentes mana
El consuelo y la paz y la alegría,
¡ La caridad cristiana
Que la peste y la guerra desafía ! . . .

Mas no; hijo de mi siglo, á su bandera
Las energías de mi numen debo,
Comparto sus sublimes ideales
Y en el raudal de sus deliquios bebo.
Permite, pues, que con el alma entera
Te invoque el bardo en su cantar sonoro.
Vestal siempre hechicera,
Madre amorosa cuyo nombre adoro,
Fúlgido sol, fraternidad humana,
Para que al ver tus rayos divinales
Vuelva á sonreír la tierra musulmana ! . . .

¡ Oh sublime visión de mis visiones,

Fraternidad, laud de cuerdas de oro
Que en tiempo no lejano la armonía
Del himno universal de las naciones,
De la azada y el pico el noble coro,
De la paz la gigante melodía,
Mandarás en los vientos fugitivos
La calma á perturbar de los desiertos
Como ofrenda de amor y simpatía
Que arroja el ángel de los pueblos vivos
Sobre el sepulcro de los pueblos muertos,
Ven á inundar con tu divina lumbre
El cielo hermoso de la patria mía
Para que digna de su historia sea
Y llévala á la cumbre
Donde el pendón de lo futuro ondea ! . . .
Venid, venid, hermanos
Por cuyas venas corre la preciada
Sangre de los lëones castellanos
Y consuelos brindad á la angustiada,
Heroica nación que dolorida
Nos contempla con ojos suplicantes,
Probándola que América no olvida
Que es su idioma el idioma de Cervantes ! . . .

Febrero, 1885.



ORIENTAL

A la poetisa catalana Josefa de Masanes

Ven en la noche callada,
Mi adorada,
A reinar en Stambul;
Ven y tu lecho de pluma
Con su espuma
Besará el Bósforo azul.

Ven y allí, gacela mia,
Cuando el día
Corra rápido á su fin,
Adornaré tu alba frente
Blandamente
Con rosas de Nisibin.

Del Edén á las huríes
Mís rawíes
Tiernos te compararán
Y en tus huertas, bien querido,
Harán nido
Mis palomas del Jordán.

Cubrirá tu faz de cielo
Rico velo,
El más rico de Sidón,
Y Delhí sus maravillas
De rodillas
Te dará con profusión.

Y gastar juro sin cuenta
Mi opulenta
Madera de Comorín
En labrarte, dueño amado.
Perfumado
Y precioso camarín.

Haré de Tibet con pieles
Sus doseles

Para interceptar la luz
Y vestiré sus cendales
Con corales
Robados al mar de Ormuz.

Con el ámbar primoroso
Que afanoso
Brinda el Báltico á mi harén,
Será tu aliento adorado
Perfumado
Como almizcle de Khotén.

Y enlazaré, mi sultana,
Más tirana
Que el astro de Ramazán,
A tu garganta redonda
De Golgonda
Espléndido talismán.

Calma, ondina del Egeo,
Mi deseo,
Mi amoroso frenesí,
Que en pago de tus favores

Sus labores
Bursa guarda para tí.

Rica perla de Basora,
¿ Quién no adora
De tus ojos el azul ?
¿Quién no anhela tu hermosura
Que en la oscura
Noche nos pinta el bulbul ? . . .

¿ Qué pirata tunecino
Su destino
No querrá á tu suerte unir,
Al ver tu cabello úndoso
Que envidioso
Remeda el oro de Ofir ? . . .

Airoso lirio del valle,
Es tu talle
Como un junco de Bombay
Y le ansiarán las doncellas,
Siempre bellas,
De Tesalia y de Khatay.

Despierta ya, mi señora,
Que la aurora
Comienza á resplandecer,
Y con la lumbre del día
Más sombría
Tu esclavitud has de ver ! . . .

Despierta, hermosa cristiana,
Y en mi alfana
Que adelanta al vendaval,
Huya una amante pareja
De tu vieja
Y alta torre señorial ! . . .

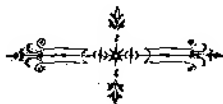
¡ El tigre de Nubia ardiente
Más clemente
Escuchara mi pasión ! . . .
¿ Cómo, sultana, me alejo
Si te dejo
Cautivo mi corazón ? . . .

Mi dulce dueño amoroso,
Más precioso

Que del Himeto la miel,
¡ Alá guarde en su clemencia
El árbol de tu existencia
De los golpes de Azrael ! . . .

¡ Los bravos de mi kabila
Con la luz de tu pupila
En jelfes convertirás ! . . .
¡ Huyamos pronto, cristiana,
En mi gacela africana
Que deja el simoun atrás ! . . .

Diciembre, 1884.





LAS HORDAS GAUCHAS

Al doctor don Ramón López Lomba

I

De la patria doliente
Del uruguayo suelo la amazona,
Sin fama y con rubor, baja la frente
Sierva de la corona
Que custodian dos leones
Y que ha paseado por el orbe entero
Sus ínclitos pendones
Al ronco son de su clarín guerrero.
La odiosa esclavitud, la noche fiera
Cada vez más sus sombras acentúa,

Implacable y artera,
Sobre el Edén de la nación charrúa.
El primitivo ardor parece muerto
Y se aleja llorando la esperanza
Y hasta se olvidan de blandir la lanza
Los indómitos hijos del desierto.
Se funden invasores é invadidos
En un pueblo no más y lentamente
Aquella mezcla de titanes siente
La nostalgia voraz de los vencidos.
Y un grito inmenso de entusiasmo brota
Y el valle, el mar, la sima y la montaña
Ven con asombro que altanero flota
Nuevo pendón donde onduló el de España;
Y de San Salvador en la cuchilla,
Aquel grito de rabia y amargura,
Rayo de excelsa claridad fulgura
Que borra de la patria la mancilla
Y la viste de Aquiles la armadura! . . .
¡Oh! de rodillas, que ese ardiente rayo
Que el limpio azul de la extensión colora,
Nos anuncia la lumbre redentora
Del bienhadado sol del mes de Mayo,

Y el que no admira sus destellos rojos
Con las manos plegadas y de hinojos,
Es indigno del nombre de uruguayo ! . . .
Yo con el eco de mi lira rudo,
De Mayo hermosa claridad febea,
Desde el fondo del alma te saludo
Y pido al cielo que tu luz querida
La que ilumine sea
El postrimer instante de mi vida ! . .

II

Allá van los gauchos escuadrones
Ganosos de rendir á la victoria,
Que olfatean sus rápidos bridones
Los perfumes del huerto de la gloria ! . . .
Allá van, allá van tras las fatigas
Y el clamor de las luchas militares,
Las hordas de héroes que comanda Artigas,
Del desierto uruguayo los jaguares ! . . .
¡ Cómo al mirar que con ardiente anhelo
Libertarte ó morir, patria, resuelven,
Hasta las piedras del nativo suelo

Contra la grey del invasor se vuelven! . . .
Renuncia, Iberia, al afrentoso yugo
Que de esas huestes la altivez empaña,
No enarboles el hacha del verdugo,
Mira que astuta la ambición te engaña! . . .
Mal pudieran los hijos de tus hijos
Siervos cobardes ser, mi dulce España,
Cuando circula ardiente por sus venas
La sangre germinal de los Torrijos
Que funde, cómo el fuego, las cadenas! . . .
Piensa que sus valientes corazones
Te amarán madre y te odiarán señora
Y no contra tus bélicos lëones
Terca empuñes la espada cortadora! . . .
¡ Ay si desata su ominoso rayo
El implacable genio de las lides
Y se encuentran los hijos de Pelayo
Faz á faz con los nietos de los Cides! . . .
¡ Ay si al romper el hierro que le amarra,
El leonzuelo al leon el rostro azota
Y hace pedazos su sangrienta garra
Tu regio pabellón que al viento flota! . . .
Si á las algas del mar robaste un mundo,

Oh cuna hermosa de la madre mía,
Fué para darle con amor profundo
Tu aliento de titán y tu hidalguía
Y no para que imbécil se rindiera
A los pies de infamante tiranía ! . . .
Si buscas sólo su cariño, artera
Deidad te impulsa á que tus iras vibres
Contra el centauro audaz de la pradera,
Pues con el alma entera,
Con el amor fecundo de los bravos,
Sólo saben amar los pueblos libres
Y odian con toda su alma los esclavos ! . . .

III

Mi acento en vano gime sollozante,
Que en tu demencia mi clamor no escuchas
Y aun te alienta el espíritu gigante
Que goza en el estruendo de las luchas ! . . .
Fiera respondes de mi patria al grito
Con el rudo tronar de tus cañones
En San José, las Piedras y el Cerrito,
Donde queda tu manto hecho girones ! . . .

¡ Ay que al romper el hierro que le amarra,
El leonzuelo al leon el rostro azota
Y al golpe osado de su fuerte garra
Al suelo viene tu bandera rota ! . . .
¡ Ay que iracundo al fulgurar el rayo
Del implacable genio de las lides,
Con palmas de los hijos de Pelayo
Glorifica á los nietos de los Cides ! . . .
Mas tu prez no oscurece la arrogancia
Con que su afán responde á tu violencia :
¡ Son hijos de Sagunto y de Numancia
Que luchan por cobrar su independencia! . . .
Sonríe con orgullo soberano
Cuando los orbes su denuedo alaben
Y díles que los déspotas no caben
Donde se habla el idioma castellano ! . . .
Con ellos su valor te reconcilia,
Pues te demuestra amiga su victoria
Que sigue á tu familia
Enamorado el ángel de la gloria;
Que es una nueva España la que teje
Su libertad tras el inmenso abismo,
Para que nunca el sol de cantar deje
La epopeya inmortal de tu heroísmo ! . . .

IV

Gentil vestal sin mezcla de terreno,
Celeste edén donde por vez primera
Al beso del amor se abrió mi seno
Cual se abre el cáliz, de fragancia lleno,
A la luz de la virgen primavera;
Quien te ciñó el laurel de la victoria
Fué del desierto el adalid bendito,
El que canta los himnos de tu gloria
Bajo el dosel azul de lo infinito! . . .
El que al mirar las degradantes huellas
Del corcel extranjero,
Forja osado con átomos de estrellas
Todas las piezas de tu arnés guerrero! . . .
El que al empuje de su aguda lanza,
El invasor entrega á la agonía;
El Atila inmortal de la venganza
Si el nombre ofenden de la patria mía! . . .
El que le pide á Dios con loco empeño,
Oh dulce patria en cuyo altar me postro,
Que aquel que osare perturbar tu sueño,

La horrible angustia en sus entrañas sienta
Que siente el vil que de su madre el rostro
Con torpe mano miserable afrenta! . . .

V

Mas, ¡ ay! de nuevo vengativa asoma,
Patria, la torpe esclavitud aleve
Que sobre tí rugiendo se desploma
Como ciclón de nieve! . . .
Es que ansia el arcano, ídolo mío,
Que con laureles tu camino alfombres
Demostrando esta vez con noble brío
Que te bastan á tí *Treinta y Tres* hombres
Para que brille espléndida, fecunda,
La estrella divinal, la luz suprema
Que tu preciosa sien orna y circunda
De la inmortalidad con la diadema! . . .
Nuevo invasor, que ciega la codicia,
Ya te espera en los campos de batalla
Sin querer recordar que Dios oficia
A veces con el sable y la metralla! . . .
Sea y truene el cañón, la lanza vibre

De tu gaücho en las robustas manos;
¡ Morir, patria, es ser libre !
¡ La conciencia enlutar de los tiranos ! . . .
Mas ¿ á qué viene mi cobarde lloro ? . . .
La que rompió de España el cautiverio,
La que rasgó su túnica de ilota,
¿ No arrojará en el fango del desdoro,
En la noche invernal de la derrota,
Del invasor imperio
Los estandartes de esmeralda y de oro ? . . .
¡ Oh ! vuelva á remontarse á lo infinito
Aquella voz bravía,
Aquel potente grito,
Heraldo y alma del eterno día
En el que para siempre desposaba
Al hada muerta de una tierra esclava
El ángel libre de la patria mía ! . . .
Truene, madre, el cañón ; la lanza oprime
Con mano ciclopea,
Y vé á salvar tu libertad sublime
O á rodar para siempre en la pelea ! . . .
Tu escudo altiva y belicosa embraza
Y haz comprender á ese turbión de esclavos,

Que aun no degeneró la heroica raza
De las invictas hordas de Guayabos ! . . .
Demuestra de ese imperio á las legiones,
Como el Titán de la leyenda fuerte,
Que luchar con tus gauchos escuadrones
Es igual que batirse con la muerte ! . . .
¡ Guay de ellas, que tu Oriente con luz clara
Baña del día el resplandor primero,
Día inmortal que Roma ambicionara,
Digno tan sólo del laud de Homero,
Y por doquiera colosal se expande
La redentora diana que empezara
En el Arenal Grande ! . . .
¡ Rincón, la vida ! . . . ¡ Sarandí, la gloria ! . . .
¡ Ituzaingo, la redención suprema ! . . .
¡ Dos dioses en el ara de tu historia
Y un rubí que deslumbra en tu diadema ! . . .
¡ Rincón, el claustro maternal, la cuna ! . . .
¡ Sarandí, Ituzaingo, genios que fieles
Custodian de la patria á la fortuna
Dormida sobre un lecho de laureles ! . . .

VI

¡ Hiciste bien, sultana mensajera
Del trabajo y la paz, virgen bendita
Más pura que la flor de la pradera
Y más bella que Venus Afrodita ! . . .
¡ Hiciste bien buscando en nuestros lares,
Sagrada libertad, el casto lecho
Do tu nupcial diadema de azahäres
Acarician los labios del derecho ! . . .
¡ Tras tanto batallar, al fin morada
Hallas para tus bodas, diva almea
Por la mano de un ángel coronada
Con los fecundos rayos de la idea ! . . .
¡ Oh patria, oh dulce patria, oh madre mía,
Pues su dorado arnés, su yelmo rudo
A tí la santa libertad confía,
Sea tu propio corazón su escudo ! . . .
¡ Arrulle eternamente su reposo
El noble afán, el grito temerario
Que el bardo exhala al demandarte ansioso,
Que sirva á su cadáver de sudario
Tu azul y blanco pabellón glorioso ! . . .



AL CAER DE LAS HOJAS

Al señor don Faustino S. Laso

PRÓCERES, dignidades, los que altivos
Queréis á la ventura de la tierra
Encadenar con grillo de diamantes
Al pie de un lecho de crujiente seda,
¡ La humanidad es una gran familia ! . . .
¡ Su patrimonio gobernáis ! . . . ¡ La herencia
Del trabajo de cien generaciones
Colocó lo ignorado en vuestra diestra ! . . .
¡ Algunos, todo ! . . . ¡ Los restantes, nada ! . . .
¡ Fiera injusticia, usurpación proterva
Dar la aurora á los unos y á los otros
Arrojar sin piedad en las tinieblas ! . . .

¡ Próceres, dignidades, con las lágrimas
De los pobres se engarzan vuestras perlas
Y á cada grito que febril arroja
La codicia dorada y satisfecha
Con fratricida maldición responde
El enconado mar de la miseria ! . . .
Pensad en esto alguna vez. El niño
Que en alcázar espléndido se alberga
Es hermano del huérfano infelice
Que con el barro de las calles juega ;
Hermanos son el juez y el asesino,
La virgen pura y la falaz ramera,
El sacerdote que ante el ara oficia
Del Dios del Sinaí y el que en las selvas
Del África se postra ante los astros
Y al voraz crocodilo reverencia.
Hay un fondo común y al repartirle
El misterio, la suerte, lo que vuela
Sobre el negro caballo de la noche,
En el carro del sol, en la centella,
Desheredando á muchos, da á unos pocos
De la familia universal la hacienda.
¡ Esto es todo, magnates ! . . . A un capricho
De lo oculto debéis vuestras riquezas !

¿ Oís ese rumor ? . . . ¡ Viene de abajo,
De la sima, la sombra, la caverna,
La desesperación, la duda, el hambre,
El lupanar, la desnudez, la lepra ! . . .
¿ Sabéis qué pide ? . . . que le deis lo suyo,
La injusticia le cansa, forcejea
Por recobrar la parte que le toca
Y que tan mal administráis y es fuerza
Que os hagáis perdonar el ser los ricos,
Los felices, los dueños de la tierra.
¡ Abrid las arcas, descosed las túnicas,
Las ánforas vaciad ! . . . ¡ La hora suprema
Sonó ya en el reloj de las edades ! . . .
¡ Los que fuisteis de bronce, sed de cera ! . . .
¡ Los que jamás llorásteis, compasivos
Comed del pan de la desdicha ajena ! . . .
¡ Descender es subir ! . . ¡ Dios está en lo hondo ! . . .
¡ El que huye de la luz, á ella se acerca ! . . .
¡ El que acalla un gemido, escucha un salmo,
Y en la mansión de la ventura excelsa
Más pronto que las preces de los ricos
Las bendiciones de los pobres entran ! . . .

Amad y sed amados. ¡ Es tan dulce
Que nuestras almas de otras almas beban
El impalpable ser, la esencia grata,
El misterioso y fecundante néctar ! . . .
¡ Es tan hermoso amar y se perdona
Tan fácilmente á los que se ama ! . . . ¡ Célica
Y bienhadada conjunción ! . . . ¡ Enlace
De la luz y las sombras gigantescas ! . . .
Entrad en la cabaña. No os asuste
Su atmósfera glacial, húmeda, infesta,
Que allí también, sobre el desnudo suelo,
Hay cabecitas rubias que gorjean ;
En aquel nido hay gérmenes de alas ;
¡ También los niños en los antros sueñan ! . . .
En los vuestros pensad. Fuera espantoso
Verlos así, ¿ verdad ? . . . ¿ Terrible fuera
Verlos temblar de frío cuando azota
El pampero otoñal las hojas secas ? . . .
¡ La fortuna es fugaz ! . . . ¿ Quién sabe ? . . . ¡ Acaso
Ellos, como éstos hoy, mañana crezcan
Al triste arrullo de un hogar sin fuego,
Bajo un techado que la lluvia terca
Traspasa, y al calor de unas paredes

Que la vejez y el huracán agrietan ! . . .
Los que todo lo sois, pensad piadosos
En los que nada son y brille espléndida
Del sol del porvenir fúlgido y santo
La aurora divinal, gigante, eterna ! . . .
La diana del amor rasgue los aires ! . . .
Al hogar todos los proscriptos vuelvan ! . . .

Soberbios reyes del haber terreno,
¿ Sabéis qué es lo que forma, lo que engendra
Desde los mundos que en la altura brillan
Hasta las larvas que á vivir comienzan ? . . .
¡ El connubio sublime de los átomos ! . . .
¡ La enamorada unión de las moléculas ! . . .

Marzo, 1885.



ERRATAS NOTABLES

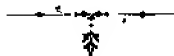
En la página 51 y en el verso 7, donde dice: *Atlas*, debe leerse: *monte*.

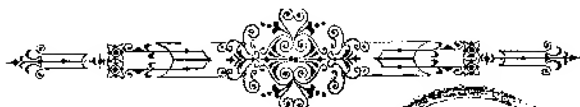
En la página 112, los versos que dicen:

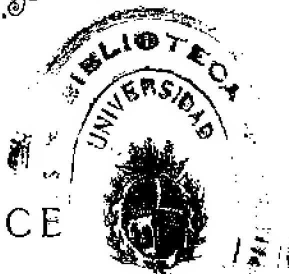
Y de San Salvador en la cuchilla,
Aquel grito de rabia y amargura,

deben leerse:

Y aquel grito de rabia y amargura,
Al llegar del Cantábrico á la orilla,







ÍNDICE

